

CAPÍTULO 1

EL MUNICIPIO: UNA PANORÁMICA QUE TRANSMUTA



Página anterior:
Imagen aérea del casco histórico en 1966.

CAPÍTULO 1

EL MUNICIPIO: UNA PANORÁMICA QUE TRANSMUTA

La ciudad del Sequillo presenta en el siglo XX una profunda dicotomía social, cultural y económica. Como en el resto del país, van a existir múltiples diferencias entre el Rioseco de la primera mitad del siglo y el de la segunda. Los avances de la ciencia, de la industria, de los servicios sociales, en definitiva, el progreso en todos los campos, tendrán su más claro reflejo en el sentir y el vivir de sus gentes y de la localidad en general –del continente y del contenido–. Este será, por tanto, un tiempo de grandes cambios y de profundos contrastes a lo largo de toda la centuria.

En un mismo siglo, el deambular por calles de tierra y lodo dio paso al tránsito por rúas asfaltadas; carros tirados por mulas cedieron el testigo a sonoros vehículos a motor que dejaron de significar un lujo minoritario; velas y quinqués se apagaron ante la sorprendente llegada de la electricidad a los hogares; manos ateridas de frío lavando la ropa en ríos y arroyos hicieron hueco en las cocinas a lavadoras último modelo; unas cocinas en las que, los sabrosos pucheros, fueron abandonando poco a poco el sabor del carbón, la leña y la paja; campesinos curtidos bajo el sol en las tareas del

campo con métodos rudimentarios, tuvieron que adaptarse al desarrollo de una industria agraria que se mecanizaba sin remedio.

El municipio experimentó desde mediados del siglo XIX una esperanzadora recuperación económica con la anhelada llegada del Canal de Castilla y del ferrocarril de vía estrecha, proyectos ambos que habían sido reclamados por los munícipes al Estado desde su misma gestación y que lograron abrir nuevas vías de expansión y comercio para la localidad y su comarca. Pero, conforme avanzaba el siglo, esta relativa mejora económica se vio truncada con la pérdida de las colonias en el denominado *Desastre del 98*, un hecho que afectó de forma negativa al mercado de cereales a través del Canal y que terminó provocando un incremento de la emigración rural hacia las grandes ciudades, especialmente en el caso riosecano, donde el sector agrario y harinero era el principal medio de vida y donde los bajos salarios y el aumento del paro desembocaron en diferentes huelgas obreras, sobre todo a comienzos del siglo XX. De especial importancia fueron las revueltas producidas entre 1904 y 1922, en las que los obreros clamaban por un incremento de los sala-

En la imagen, la grúa del Canal de Castilla que facilitaba la carga y descarga de las barcazas y que se encontraba en la margen derecha, muy cerca de la casa del encargado del muelle.



rios y la mejora de las condiciones laborales, salpicando a diferentes sectores: del campo, trabajadores del ferrocarril, panaderos, talleres mecánicos o empleados de correos, entre otros.

Desde el punto de vista social y económico, la prosperidad general detectada a finales del XIX y primeras décadas del siglo XX, generó la aparición en el municipio de una nueva clase social de nivel medio alto, ligada esencialmente a la industria harinera y al sector agrario, que el paso de los años bautizó como burguesía harinera y cuya economía se vio enriquecida también gracias a la ampliación de su patrimonio a raíz de las diferentes desamortizaciones, prolongando su presencia en la localidad hasta bien entrado el novecientos. Esta nueva burguesía harinera, sumada a otros profesionales acaudalados, pasaron a ostentar el poder local, controlando en consecuencia los aspectos culturales y sociopolíticos de la población. A ellos les seguían como jornales mejor pagados los de la industria y las fábricas.

En el otro lado de la balanza estaban el campesinado y el pequeño obrero, que durante la primera

mitad de siglo no tendrán oportunidad de mejorar su situación económica, viendo mermados sus intereses en favor del capitalismo agrario y manteniendo un nivel de vida muy precario, rozando en algunos casos episodios de pobreza. Esto provocó que las familias tuvieran que introducir a sus hijos en el mercado laboral desde bien temprano, produciéndose en este sector un índice muy alto de analfabetismo, al tener que renunciar a su educación para favorecer la economía familiar. Durante estas primeras décadas del siglo, por tanto, se mantendrá una clara bipartición entre las clases pudientes y la clase obrera, mal pagada y en ocasiones empobrecida, enfrentada a la desigual distribución en la propiedad de las tierras y que verá en la emigración una esperanzadora vía de escape. Todas estas circunstancias se verán reflejadas en el censo municipal, que a lo largo de las primeras décadas experimentó continuos altibajos: tan pronto sufría oleadas migratorias como se recuperaba con cierto optimismo.

En política, este siglo irá desde la Restauración y la progresiva crisis de este sistema, a la proclamación de la Segunda República, pasando por

la Dictadura de Primo de Rivera; desde el padecimiento de una Guerra Civil hasta la llegada de la Democracia y, entre ambos periodos, una prolongada etapa de Dictadura franquista y de transición. Los movimientos sociales, obreros, huelgas, manifestaciones, sindicatos o elecciones tendrán especial protagonismo en diferentes momentos de este siglo de circunstancias tan dispares.

Aniversario de la Batalla del Moclín

En los primeros años del siglo el corazón de los riosecanos se encontraba ya recuperado del desastre que supuso para el municipio y sus habitantes la conocida como Batalla del Moclín, librada en 1808 durante la Guerra de Independencia. Por ello, no dudaron en conmemorar por todo lo alto su centenario. Fueron fastuosos los actos destinados a honrar la memoria de los que perecieron en aquella jornada, bautizados por entonces como héroes anónimos. De ellos, rezaba la prensa local cien años después que sus *"gotas de sangre mantuvieron lozanas las flores del patriotismo en la es-*

pañola tierra (...) Murieron, pero no fue su muerte el crepúsculo del ocaso, sino el preludio de la aurora". Junto a discursos políticos y patrióticos, recepciones, funciones religiosas, procesiones y otros actos conmemorativos, el hecho más trascendental fue seguramente la inauguración del monumento a los héroes del Moclín, para el que se destinó un espacio destacado en la Plaza Mayor, frente al Ayuntamiento. El monumento, obra del escultor riosecano Aurelio Rodríguez Carretero, representa según los cronistas de la época *"la figura del soldado moribundo y la de la mujer del pueblo en actitud de darle la postrera caricia maternal"*. Fue costeado por el Ayuntamiento y por suscripción popular, ayudándose además de la venta de postales en las que aparecía el boceto inicial del conjunto, que quedó inconcluso principalmente por falta de fondos. Años después, con motivo de la remode-

Panorámica de Medina de Rioseco en la que se reconocen las tres majestuosas iglesias de Santa Cruz, Santa María y Santiago, antes del hundimiento de las bóvedas de la primera de ellas.



lación y ajardinamiento de la plaza hacia 1955, el monumento fue trasladado al llamado paseo de San Francisco. Posteriormente fue de nuevo trasladado al lugar donde hoy puede contemplarse, frente al parque Duque de Osuna.

Guerra Civil y Posguerra

Por desgracia, el devenir de la Historia quiso turbar una vez más la calma de los vecinos, que volverían a llorar al unísono lágrimas de sangre, presenciando una nación dividida en dos a causa de un nuevo enfrentamiento bélico que, tras tensos y dramáticos hechos previos (en Medina de Rioseco culminaron en una convulsa revuelta en 1934), trajo consigo el estallido de una Guerra Civil que llevó a trazar las letras más trágicas del siglo XX en España, dejando yagas abiertas que tardarían en cicatrizar y que, a pesar del tiempo y de su sabio discurrir, visto desde la distancia es un suceso que aún hoy conmociona.

Durante la contienda, la población quedó bajo el bando sublevado, autodenominado nacional, por lo que a partir del mismo inicio del levantamiento en armas, el municipio vivió según las premisas de lo que a partir del fin de la guerra definiría al nuevo régimen. Medina de Rioseco sufrió en la mañana del 19 de febrero de 1937 un bombardeo del que hubo que lamentar un fallecido, varios heridos y múltiples daños en viviendas de las calles cercanas al arco de Ajújar, corro de San Miguel y plaza de toros. A resultas de ello, como medida preventiva, fue publicado un bando en el que se conminó a los vecinos a suprimir el alumbrado nocturno en el interior de las casas, al igual que se suprimía el alumbrado público.

A partir de ese año, siguiendo órdenes de la autoridad militar, el municipio acogió uno de los dos campos de concentración de presos de guerra

establecidos en la provincia (el otro fue La Santa Espina), al que fueron conducidos más de 4.000 soldados del bando perdedor. Aunque en un principio se utilizaron dependencias de la antigua fundición *La Rosario*, a la entrada de la población, la finca de Villagodio y otros edificios de la calle La Escoba, finalmente se concentró a la mayoría de los presos en los almacenes de la dársena del Canal de Castilla. Durante su estancia en la localidad, los prisioneros fueron destinados a la realización de diferentes obras, especialmente las consideradas como daños de guerra. También en 1937 se modificó el nombre de las principales calles del municipio para rendir tributo a personalidades afines al régimen, caso de la Plaza Mayor, que pasaría a llamarse Plaza del Generalísimo Franco. En 1938, la plaza de toros era ocupada por multitud de camiones de la Compañía Automovilística del Ejército.

A las festividades locales habituales se sumaron entonces otras celebraciones declaradas nacionales, como la del Alzamiento, cada 18 de julio, o la del Caudillo, cada 1 de octubre. A los diferentes actos que se organizaban, como misas, desfiles militares, conciertos o discursos, debían asistir las principales personalidades de todos los ámbitos: militares, civiles, religiosos, administrativos, etc., junto al pueblo en general y los miembros de Falange. Los balcones se engalanaban con colgaduras y banderas y se declaraban como días festivos para el comercio y oficinas. Por contra, se aplicó un férreo control a otro tipo de festividades populares, como las ferias de San Juan y, de manera especial, los Carnavales. Finalizada la guerra, la localidad seguiría los pasos del resto de la nación bajo el mando del nuevo jefe de Estado, Francisco Franco.

Fueron años amargos, resultado de un país castigado por la dureza de la guerra, con una merma en el número de habitantes, quebrantados los



Durante la Guerra Civil y Posguerra, la ciudad vivió momentos de exaltación al régimen franquista, actos que vemos en estas imágenes tomadas en la Plaza Mayor y Ayuntamiento, desde cuyo balcón, las autoridades militares dirigían contundentes discursos a la población allí congregada, entre los que no faltaban autoridades civiles, religiosas, militares y miembros del Frente de Juventudes.





Fotografía aérea del caserío riosecano a finales de los años 70, con su complejo entramado urbano medieval que deja presumir la esbeltez de sus grandes templos.



Reunión en el salón principal del Ayuntamiento antiguo. Al fondo la placa con los nombres de los fallecidos en la Guerra enterrados en el Valle de los Caídos.



Fotografía histórica en la que aparecen los diferentes alcaldes que tuvo Medina de Rioseco en las últimas décadas, entre ellos, en primer término y de izquierda a derecha Rafael Herrero, Raimundo Anívarro, Andrés Ferreras, José Amigo Torres y Félix Rueda.



En 1858 el confesor de la Reina Isabel II, padre Antonio María Claret, llegó a Medina de Rioseco acompañando a Su Majestad. En 1950, año de su canonización, se colocó una placa conmemorativa en la casa en que se alojó en la calle Román Martín. La placa fue posteriormente retirada y recolocada en 1972, momento que vemos en la imagen.



Recepción a Fray Carlos Amigo en su primera visita a la localidad como obispo de Tánger, en presencia del gobernador civil José Estévez Méndez y del alcalde Manuel Fuentes, en 1974.

Muerto el caudillo y, en pleno período de transición, los españoles votaron en referéndum la Ley de Reforma Política para la democracia. La votación se realizó un ya lejano 15 de diciembre de 1976. En la imagen, el cabo municipal Lino Margareto, el oficial mayor Demetrio Galán y Fernando del Olmo entre otros.



Con la llegada de la Democracia, el 1 de mayo fue declarado nuevamente Día Internacional de los Trabajadores, un día en que se producían diferentes movimientos en favor de los obreros. Primera manifestación tras el Régimen, en 1976.



A la Plaza Mayor se abren diferentes vías, entre ellas la calle La Cuesta, que se puede ver en esta preciosa instantánea. Al fondo, el arco de las Nieves o puerta de Zamora, uno de los accesos del primitivo recinto amurallado.

CAPÍTULO 2

SUS GENTES: RETRATOS PARA RETRATAR A UN PUEBLO



Página anterior:
Gremio de sastres fotografiado en 1906,
entre ellos, abajo a la derecha, Nazario
Brizuela Riesco.

CAPÍTULO 2

SUS GENTES: RETRATOS PARA RETRATAR A UN PUEBLO

Aunque en un principio pudiéramos pensar lo contrario, si miramos atrás y comparamos la composición familiar actual con la del siglo anterior, nos damos cuenta al instante que, una y otra, difieren enormemente. A ello se suma que, además de los cambios producidos por la evolución social de las últimas décadas del siglo pasado, hoy no encontramos en el medio rural la marcada división que antes existía entre el hogar de las familias acaudaladas y el de la clase proletaria. En las primeras, las viviendas eran atendidas por criadas o mayordomos y, mientras el hombre se dedicaba a sus negocios desde su privilegiada posición social, la mujer hacía lo propio con sus relaciones sociales. Dar las instrucciones a la sirvienta, pasear, bordar, formar parte de las agrupaciones locales generalmente adscritas a la iglesia y atender a su marido o a los niños –ayudada en ocasiones por un ama de cría–, eran las ocupaciones diarias de esta mujer, teniendo también sus hijos la prebenda de disfrutar de unos estudios que les facilitarían una posición acomodada en el futuro.

Por contra, en los hogares más humildes, durante buena parte del siglo pasado y antes de la

incorporación de la mujer al mercado laboral, la composición familiar la sustentaban el padre y cabeza de familia, quien generalmente salía a trabajar fuera de casa para traer el sustento, y la mujer, cuyo rol por aquel entonces estaba asociado a la vida familiar y al cuidado del hogar y de los niños. En una sociedad creyente como de la que hacemos mención, la unidad familiar compuesta por el matrimonio era bendecida con el nacimiento de un número considerable de hijos “*enviados por Dios*”. En aquellos años eran muy frecuentes las familias con más de cinco o seis vástagos, lo que provocaba que, muchas veces, fuesen los hermanos mayores los que ayudasen a su madre en el cuidado de los pequeños, o que se destetase al menor al llegar un nuevo retoño a la familia. Como se suele decir, *se desvestía un santo para vestir a otro*. Este núcleo se completaba con la incorporación de los abuelos, enviudados o enfermos, que pasaban a convivir con sus hijos y su prole ante la imposibilidad de proporcionarles cuidado externo y la inexistencia o escasez de espacios destinados a tal fin, las llamadas ahora residencias de ancianos. A ello se sumaba el respeto, la admiración y



*Preciosa imagen de una numerosa familia
Gutiérrez Yenes retratada en 1901.*



En los barrios, los vecinos solían establecer importantes lazos, casi familiares. Imagen de vecinos de la calle de La Pini-lla en la segunda mitad de los 50, entre ellos miembros de la familia Martín Viñas.

el cariño que se tenía a los ancianos, lo que hacía impensable que otros que no llevasen su sangre cuidasen de ellos, devolviéndoles además los cuidados que antes habían proporcionado como progenitores. Gracias a esta costumbre, los abuelos colaboraban en la educación de sus nietos (que formaban parte de la cotidianeidad de sus mayores al no asistir muchos de ellos a la escuela) de la forma más entretenida posible, contando emocionantes historias y experiencias que los niños jamás olvidarían y que les servirían en un futuro como una gran lección de vida.

El hombre, como hemos dicho, desarrollaba su oficio fuera del seno familiar. Dentro de la

casa, por tanto, las tareas se encomendaban a la mujer, que no solo era la encargada de encender la lumbre y cocinar sabrosos pucheros, lavar las ropas a mano o hacer las camas y sacudir los colchones de lana, sino que también era la responsable de atender a los animales domésticos que era costumbre tener en los corrales de las casas para autoconsumo, como gallinas y conejos. También los había que, encontrándose un poco mejor económicamente, podían permitirse tener un cerdo, base de la dieta por aquel entonces y del que tras la matanza que se hacía en invierno se obtenían los chorizos, la morcilla o el tocino para los garbanzos. Cuántas veces habremos oído a nuestros



Alumnos del antiguo colegio de Enseñanza Media San Buenaventura, donde se impartió durante años el Bachillerato. Abajo aparecen junto a uno de sus profesores, Don Mariano González, a finales de los años 30.





Arriba, hermanas de la Caridad del colegio de San Vicente, disfrutando de una excursión por el campo en 1954, entre ellas sor Margarita, sor Bernarda y sor Dolores. A la derecha, residencia de Sancti Spiritus y Santa Ana de las hermanas de la Caridad. Cercanas al pueblo, siempre contaron con la colaboración de asociaciones grupales para amenizar las tardes de los mayores.





*Niños y niñas de Comunión
en la escalera del colegio Corazón de María.*

CAPÍTULO 4

SU PASIÓN: SENTIMIENTO EN MAYÚSCULAS



Página anterior:
Sugerente y concurrida procesión de un
Viernes Santo por la mañana en los años
40, en la que vemos a la cofradía del
Nazareno de Santa Cruz, retratada
en la calle Mayor a la altura de esta iglesia.

CAPÍTULO 4

SU PASIÓN: SENTIMIENTO EN MAYÚSCULAS

El día a día de los vecinos en Medina de Rioseco llegado el 1900 era como el de cualquier otra localidad. Los habituales quehaceres diarios de cada persona, ya fuese niño, joven, adulto, hombre o mujer, se veían alterados a lo largo del año en fechas muy puntuales. Precisamente, uno de los momentos álgidos en el que la población se transformaba y mutaba su tranquilidad, al igual que ocurre en la actualidad, era al llegar la Semana Santa.

Una celebración histórica

La historia de esta celebración se remonta a los inicios del XVI, cuando las cofradías penitenciales comenzaron a aparecer en todo el territorio nacional. En Medina de Rioseco fueron tres las grandes cofradías que surgieron entonces como precursoras de nuestra Semana Santa: Vera Cruz, Quinta Angustia y Pasión. Las tres conformaron con el paso de los años una compleja estructura que tuvo como finalidad no solo procesionar los pasos que fueron incorporando a los desfiles, sino además atender otro tipo de necesidades materiales y espirituales, dentro de una importante labor benéfico-asisten-

cial que ejercieron entre sus componentes y hacia el prójimo en general. Estas cofradías vivieron su máximo auge en época barroca pero, entrado el siglo XVIII, se produjo a nivel general una gran crisis cofradera que se agravó con las ideas ilustradas y las sucesivas medidas desamortizadoras. En Medina de Rioseco, además, otro hecho vino a marcar un punto y aparte en esta celebración. Fue la batalla del Moclín, librada en 1808 en el transcurso de la Guerra de la Independencia y que tuvo como resultado la derrota ante las tropas francesas. Esa contienda terminó por diezmar los bienes de las tres grandes archicofradías y provocó a su vez un descenso en el número de hermanos. Aun así, la devoción a las imágenes estaba tan arraigada en el sentimiento riosecano que ese punto de inflexión fue solo un breve paréntesis que dio paso a las cofradías modernas, reanudándose en muy poco tiempo las procesiones, tal vez si cabe con mayor entusiasmo, siendo pequeños grupos derivados de las tres históricas los que recogieron el testigo. Cada uno de ellos retomó el culto a uno de los diferentes conjuntos escultóricos que pertenecieron a Vera Cruz, Quinta Angustia y Pasión,



Nazareno de Santiago fotografiado durante una procesión de Jueves Santo junto a la iglesia de Santiago, frente a la fachada de la vivienda que fue utilizada como cuartel de la Guardia Civil, tomada hacia 1952. En la entrada vemos al guardia de puertas contemplando el desfile.

pero manteniéndose a partir de entonces como cofradías independientes. Desde ese momento los gremios, apoyados por las instituciones civil y eclesiástica, mostraron especial empeño en mantener la tradición. Retomaron los desfiles penitenciales, conservando en gran medida ritos y costumbres pasados, y fueron adquiriendo más fuerza conforme iban pasando los años.

Fue por tanto este un momento clave en el desarrollo de las cofradías actuales, ya que esta manifestación experimentó un fuerte impulso fundamentado seguramente por dos razones. La primera fue el deseo de, ayudados por la gracia divina,

superar el desastre vivido durante la Guerra de la Independencia y el paso de las tropas napoleónicas por la localidad, circunstancia aprovechada también por las autoridades religiosas para llenar sus templos. La segunda, la capacidad visionaria de las instituciones civiles, que pronto percibieron la trascendencia económica que podía tener su celebración, teniendo en cuenta que en la mayoría de los municipios españoles, incluida la capital de la provincia, los desfiles habían resultado suspensos, primero tras la crisis del siglo XVIII –que había mermado enormemente la actividad semanasantera–, y después por los acontecimientos políticos acaeci-

dos a comienzos del siglo XX. En Medina de Rioseco, sin embargo, las cofradías como hemos mencionado resurgieron y fueron apoyadas desde ese mismo instante por las diferentes corporaciones, que participaron activamente en su organización, especialmente durante el afianzamiento del nacionalcatolicismo entroncado con el resultado de la Guerra Civil. Antes del conflicto bélico, el Ayuntamiento de la Segunda República respetó su celebración, aunque limitándose a costear aquellos gastos que no estuviesen directamente relacionados con el culto católico y no presidiendo ningún acto considerado religioso. Seguramente los momentos más difíciles se vivieron en 1936, cuando la convulsa situación que atravesaba el país desaconsejó que salieran las procesiones a la calle, al igual que había ocurrido tres años antes por la coincidencia de fechas de la semana de Pasión y la celebración del aniversario de la República.

Entre las responsabilidades asumidas cada año por el Ayuntamiento estaban las de contratar a los oradores de los sermones y a las bandas de música, presidir las funciones religiosas y cuidar de que las calles por las que transcurrían los desfiles estuvieran iluminadas y en perfecto estado. Las ordenanzas municipales dictadas durante décadas por las autoridades incluían artículos dirigidos a controlar el buen desarrollo de las procesiones durante toda la semana de Pasión. Algunas de esas normas prohibían obstaculizar las puertas de los templos, levantar la voz, provocar disputas, mantenerse cubierto al paso de las imágenes u ocultar el rostro con sombrillas o abanicos. También estaba prohibido colocar puestos mercantiles, ya fuesen fijos o ambulantes, en las calles y plazas por las que fuese a pasar la procesión. Estas mismas normas serían recogidas posteriormente en los bandos municipales dictados por el consistorio durante y después de la Guerra Civil.

Hasta los años cuarenta, para cumplir con estas tareas y con la labor de promoción y difusión de la Semana Santa existió una Comisión de Fiestas compuesta por representantes del Ayuntamiento, los párrocos y los mayordomos de las cofradías. A partir de 1950, se propuso crear una Junta en la que participó activamente la corporación, y diez años más tarde se creó una Junta Local de Semana Santa. Aparecieron entonces en escena nuevos emblemas y personajes representativos de esta institución: guiones, collar de presidencia, vara mayor...

En cuanto al valor turístico otorgado a la Semana Santa, fue cada vez más creciente. A comienzos de siglo, el ferrocarril fletaba trenes especiales en previsión de los forasteros que cada año acudían a ver los desfiles; también empezaron a imprimirse programas de mano de las procesiones, a los que se sumó la elaboración de revistas divulgativas de gran calidad, como las impulsadas por Esteban García Chico desde los años veinte. A finales de los años cincuenta comenzó a impartirse el pregón a semejanza del que existía en la capital de la provincia (el primero fue pronunciado en 1958 por Félix Antonio González en la sala capitular del Ayuntamiento), buscando con la participación de personajes de elevada importancia una mayor notoriedad pública de la Semana Santa. En la segunda mitad de siglo fue también muy importante la labor divulgativa de los medios de comunicación, en especial radio y televisión, ya que la Semana Santa apareció en los NOTOS y fue retransmitida por Televisión Española a finales de los sesenta. En 1968, Luis San José viajó a Madrid para que toda España pudiera escuchar por televisión el toque de la figura más representativa de esta celebración, *el pardal*. Finalmente, la Semana Santa fue reconocida en 1985 con la declaración de Bien de Interés Turístico Nacional. Ya en el siglo XXI llegarían otras declaraciones.



Virgen Dolorosa cerrando la procesión de un Jueves Santo, a la altura de la iglesia de Santa Cruz.

Evolución de la Semana Santa

En cuanto al rito en sí, a sus protagonistas y a las procesiones, lo que nos encontramos llegado el siglo XX es una Semana Santa que desde la centuria anterior ha ido acomodando todos sus aspectos y valores a la nueva situación, manteniendo los principales elementos intervinientes en el desarrollo de los desfiles y en el funcionamiento de las cofradías gracias a haber sido casi intangible su interrupción y a haberse dado una continuidad inmediata, con un trasfondo claro, y es que el pueblo veía en esta manifestación un enraizamiento con sus tradiciones y su pasado con el que se encontraba plenamente identificado.

Las cofradías, en el cambio de las históricas a las actuales, perdieron buena parte de su labor asistencial (permaneciendo apenas el acompañamiento al difunto) y dejaron de regentar hospitales, por lo que ya no necesitarían contar con grandes posesiones para su sustento, al limitar sus gastos a los propios de procesionar, rendir culto a la imagen o dar entierro al finado. Estas pequeñas cofradías van a estar formadas en sus comienzos por muy pocos cofrades, muchas incluso limitaron el número de hermanos al imprescindible para sacar el paso y portar la vara y el banderín. Sin embargo, esta cifra fue creciendo poco a poco, hasta alcanzar su culmen a mediados del siglo XX.



Preciosa fotografía del Nazareno de Santa Cruz tomada desde un balcón frente a la iglesia tras salir la procesión del Viernes Santo, a comienzos de los años 40.



Fotografía realizada con motivo del primer torneo Tierra de Campos, celebrado en 1971, en el que participó el Club Deportivo Rioseco.



Sugestiva imagen de un grupo de niños jugando bajo los soportales del primer tramo de la calle Román Martín, justo antes de llegar a la Plaza Mayor. Entre ellos a la izquierda Pablo Magdaleno junto a varios miembros de la familia Novo, aproximadamente a comienzos de los 40.